Ofrecer una formación cada vez más personalizada a los seminaristas provenientes de un mundo secularizado y digitalizado.

Reunión de los formadores
Roma – Octubre de 2026

1. Después de haber revisado la nueva Ratio preparada para las necesidades en Polonia, me gustaría subrayar mi admiración por este espléndido camino, que comienza con la fase propedéutica, continúa con el discipulado y la imitación de Cristo, y concluye con la vida misionera. Deseo también llamar su atención y animarlos a considerar el seminario como un lugar donde plasmar una vida según los consejos evangélicos: castidad, pobreza y obediencia. Para contextualizar mi intervención, me gustaría mencionar los problemas actuales que los sacerdotes encuentran inmediatamente después de dejar el seminario y en los primeros años de nuestro camino común. Se trata de problemas de naturaleza moral, social y relacional. Es en este ámbito donde más se encuentran las quejas relativas a la inestabilidad emocional, las adicciones y la inmadurez, a pesar de haber salido del seminario. Es fundamental que, además del hermoso camino de la vida misionera, el seminario nutra verdaderamente tanto el espíritu como el cuerpo. Es fundamental que la prioridad y el desafío sean plasmar el espíritu de los consejos evangélicos. Allí donde los sacerdotes viven según el espíritu de los consejos evangélicos, los fieles los siguen. Allí donde los sacerdotes han perdido este espíritu, es donde comienzan los problemas más grandes del sacerdocio y la oposición, la crítica, el desprecio y el rechazo por parte de la gente. La formación en el seminario que ayuda a vivir una según los consejos evangélicos renovará el sacerdocio, mientras que una formación que se detiene en cultivar solo los aspectos exteriores e intelectuales no hará más que agravar la crisis del sacerdocio. Tenemos problemas con sacerdotes que son excelentes pastores, pero que, por ejemplo, en materia de pureza, son muy desordenados. Naturalmente, el problema de la pureza es también el resultado del ascetismo. Todos los abusos que encontramos derivan de la negligencia o de la incapacidad de practicar cierto ascetismo y cierta renuncia, una vida de pobreza y sencillez, como explicaba Benedicto XVI, el rasgo más contrario al cristianismo es la saciedad hasta el desmayo. Me doy cuenta de que muchos abandonos se deben a que, aunque Cristo era importante para estas personas, solo estaban interesadas en ciertos valores vocacionales. Y cuando estos valores disminuyen, la importancia de Cristo pasa a un segundo plano.

2. A partir de la descripción de las generaciones que han estado, están y estarán en el seminario, me gustaría profundizar en el tema de una formación más personalizada para los exalumnos del mundo de hoy.

La Generación X es una generación de personas nacidas en su mayoría entre 1965 y 1980. Este grupo creció en un mundo analógico y entró en la edad adulta durante un período de rápidos cambios tecnológicos, sociales y económicos. Los individuos más fuertes provienen de este período. Experimentaron poca supervisión parental, mucho juego al aire libre y un juego bastante arriesgado. En aquella época, los parques infantiles no eran como los de hoy; eran muy desafiantes y arriesgados. Y las personas necesitan juegos arriesgados para afrontar las dificultades y desarrollar su propio sentido de competencia.

El siguiente grupo es el de los millennials. ¿Quiénes son los millennials? Son personas nacidas aproximadamente entre 1981 y 1996. Crecieron en un mundo analógico, pero entraron en la edad adulta en una realidad completamente digital. Esta es una generación de transición, que combina valores tradicionales con un enfoque flexible del trabajo, la tecnología y el estilo de vida. Son la primera generación que creció con acceso a las computadoras y a los inicios de internet, para luego sumergirse por completo en el mundo de los smartphones y las redes sociales. Sus características distintivas incluyen la rápida adquisición de nuevas herramientas y modelos operativos, una mayor sensibilidad hacia la ética, la igualdad y el impacto del consumo. Desconfían de las autoridades eclesiásticas "sin motivo aparente". Necesitan significado y autonomía, quieren saber por qué hacen algo. Son personas que analizan profundamente sus propias elecciones y emociones.

Generación Z: esta es la generación de personas nacidas aproximadamente entre 1995 y 2012. Es la primera generación que crece en un mundo completamente digitalizado, sin memoria de una vida sin internet, smartphones y redes sociales. Se caracterizan por una alta alfabetización digital, la capacidad de realizar múltiples tareas (multitasking) y una fuerte necesidad de autenticidad. Es una generación muy segura de sí misma: los niños no juegan libremente y los padres son muy invasivos. ¿Qué los define? No recuerdan un mundo sin internet ni smartphones y pueden hacer fácilmente varias cosas a la vez. Su hábitat natural es el mundo online, con su rápido procesamiento de información y contenidos cortos y dinámicos. El resultado es una falta de sentido de competencia: una generación de ansiedad y dependencia de los demás.

Generación Alpha: personas nacidas después de 2010, la mayoría de las veces hasta 2025 aproximadamente. Son los hijos de los millennials, crecidos en un entorno rico en tecnología, redes sociales e interactividad digital. La tecnología les resulta familiar desde el nacimiento: no la aprenden, sino que "crecen" en ella; los smartphones, las tabletas y la inteligencia artificial son parte integrante de su mundo. Se caracterizan por una escasa capacidad de atención, debido a un entorno rico en estímulos y contenidos de ritmo acelerado. Aprenden rápido, asimilando con facilidad nuevas herramientas y soluciones. La fuerte influencia de los padres millennials —su enfoque de la educación, el trabajo y la tecnología— moldea las actitudes de los hijos. Están dotados de una alta sensibilidad social: crecen en un mundo en el que se debate sobre el clima, la soledad y los cambios sociales. Ya no salen de casa; incluso los acompañan a la escuela en automóvil. La infancia ha sido redefinida, con padres que han reducido el tiempo dedicado a las actividades deportivas escolares. Están constantemente bajo la observación de sus padres, quienes los ven no a través de sus teléfonos, sino como su tiempo fuera de casa. Los padres quieren estar en constante contacto con ellos. Su presencia continua en el mundo online los expone a una especie de patología. Internet transmite una enorme cantidad de información y contenidos sobre los cuales los padres no tienen un control real.

En mi presentación, me gustaría rescatar el concepto y la actitud de las generaciones contemporáneas: la antifragilidad. Esta es una forma de describir cómo funcionan las jóvenes generaciones en un mundo lleno de volatilidad, estrés e incertidumbre, y cómo reaccionan a estos estímulos. Para comprenderlo plenamente, debemos partir de la definición de antifragilidad de Nassim Taleb. La antifragilidad se refiere a la capacidad de un sistema (o de una persona) de volverse más fuerte a través del estrés, el caos y la incertidumbre, en lugar de simplemente "resistir" las dificultades. Es más que la resiliencia: la resiliencia perdura, la antifragilidad crece. Por ejemplo, un árbol que crece en un entorno natural, expuesto a diferentes factores, es más fuerte,

más grueso, más robusto y más flexible. Un árbol que crece, por ejemplo, en un invernadero, es más esbelto, pequeño, tiene raíces débiles y puede caer muy rápidamente.
Una persona se desarrolla a través de las dificultades, fortaleciéndose, aprendiendo a gestionar sus propias emociones, a combatir el aburrimiento, etc. Conflictos, habilidades sociales y aprender a gestionar las opiniones de los demás. Hoy está emergiendo un mundo de chatbots; no hay fricción, se puede hablar con ellos sin ninguna tensión. Hoy en día, cada persona de esta generación debe luchar para superar barreras físicas y mentales; los niños lo necesitan, pero no lo tienen. Hoy en día, los comportamientos normales se patologizan. Una simple caminata a la tienda, por ejemplo, para que un niño de 8 años haga las compras, solía ser una actividad normal. Hoy, los padres corren el riesgo de ser sancionados si no supervisan a sus hijos. Hemos quitado a los niños las responsabilidades ligadas a su desarrollo y, como consecuencia, no logramos protegerlos en línea. Carecen de sed de nuevas experiencias; están más a la defensiva (por miedo) y cualquier cosa que dicen se percibe como un ataque. Carecen de habilidades sociales. No sienten la necesidad de hablar o de entablar nuevas amistades. No se lo han enseñado.

Para estos individuos modernos, el seminario se convierte en un lugar de desintoxicación: un momento sin teléfonos celulares. No son capaces de permanecer en silencio y están más abiertos a expresar sus propias emociones. Los exalumnos de hoy logran detectar inmediatamente la hipocresía, reconocer fácilmente el doble rasero y observar atentamente a sus superiores. La generación anterior era más fuerte. La solución es intentar acumular nuevas experiencias, las cuales los candidatos de hoy deben afrontar; deben vivir en carne propia algo similar. Aprenden a comprender su propia fragilidad: mis fracasos son tu escudo para el futuro… no como motivo de vergüenza, sino como una forma de entender qué me enseñaron (coraje, negociación, empatía).

No hay que desesperarse por los errores, sino experimentar, combinar estabilidad y riesgo. Se trata de aprender constantemente algo nuevo, de crecer en flexibilidad. Hoy está emergiendo un nuevo término evolutivo, llamado hormesis: el nuevo ascetismo. Esta es la base biológica de la antifragilidad: el cuerpo se fortalece gracias a estresores controlados y de pequeña intensidad. En psicología y sociología, la antifragilidad afirma: "Las pequeñas fuerzas y desafíos fortalecen a una persona y a una generación".

¿Cómo desarrollar la antifragilidad en los seminaristas? Asígnenles tareas difíciles, tareas en las que puedan fracasar. Déjenlos gestionar sus propios asuntos. El desafío consiste en construir relaciones, en aprender a comunicarse. Si algo no funciona, ¿qué aprendieron de la experiencia?

In Polonia, con la nueva Ratio pro Polonia, se incentiva una mayor frecuencia de los encuentros individuales de formación, incluso uno cada dos semanas. La frecuencia de estos encuentros favorece la apertura al diálogo y al encuentro. Les enseña a escuchar y a expresar sus propias dificultades. Se crea un espacio seguro, por ejemplo, en la relación con su Padre espiritual. Esta es una ayuda crucial en la formación de la generación moderna.

¿Cómo guiar sabiamente a los seminaristas hoy? La respuesta a esta pregunta es fundamental. Como formador, debo llevar dentro de mí la constante convicción de que Dios llama y que una respuesta al Señor nace en la persona llamada. Exactamente como en el caso de la descripción del llamado del profeta Samuel. En calidad de formador, sé a dónde vamos y quién deberías ser (deberías ser una persona que vive en la verdad). No todo depende de mí; es Él quien llama. El

otro es un misterio para mí, y yo me dirijo a Él con una actitud positiva. Me agradas, aun teniendo en cuenta también la perspectiva de Dios. No sustituyas a Dios, no lo creas a tu imagen, respeta la libertad, deja ir / discierne la misión: aquello a lo que Cristo está llamando a esta persona. Un enorme respeto por la libertad y por los tiempos de la persona en formación es fundamental. Las relaciones horizontales se vuelven peligrosas cuando yo me convierto en el oráculo de cómo deberías vivir. Pero en realidad, es el estudiante quien decide. El formador está allí para acompañar, guiar y conducir a la persona hacia un nuevo futuro.

El Informe del Sínodo sobre la formación afirma que esta debería conducir a los individuos a la vida real. La formación debería ser similar a la vida, en su imprevisibilidad; el seminario no debería ser una burbuja protectora. Es necesaria más experiencia en otros contextos. La formación debería realizarse a través de las relaciones, con diferentes individuos, grupos, etc.
Como indica la Ratio, nos formamos para la responsabilidad y la corresponsabilidad. La persona en formación debería ser puesta a prueba en el campo. Esta es la mejor terapia, una experiencia de la realidad tal como es. Se aprende a ser un comandante solitario, capaz de vivir en la cultura contemporánea. La cultura personal, una humanidad bien formada, se convierte en el rostro del amor. Un sacerdote que deja los muros del seminario después de la ordenación demuestra su amor a través de toda su existencia. En el seminario, un seminarista puede adaptarse a las condiciones y a las reglas vigentes. Puede parecer maduro porque es disciplinado, obediente y cumple con las tareas que se le confían. Sin embargo, esta no es la madurez. La madurez es el camino hacia la independencia, la capacidad de observar el mundo, analizar sus cambios y responder a ellos directamente. Por lo tanto, los ritos de paso son cruciales: crítica, fracaso, soledad, frustración, cooperación, servicio, consecuencias y conflicto. Esto nos ayuda a comprendernos a nosotros mismos. La retroalimentación, el apoyo, varios tipos de formación interpersonal e intrapsíquica, la formación en comunicación no violenta y la escucha activa, así como la respuesta a diversas situaciones pastorales, son fundamentales en la formación. Una comunidad sana ayuda a afrontar los problemas que no son profundamente carenciales. La terapia no puede sustituir el trabajo comunitario.

3. Por lo tanto, la formación debe permear a toda la persona humana, todas las esferas de su vida. En el trabajo con el candidato al sacerdocio de hoy, se deben considerar cuatro esferas: la física, la espiritual, la psicológica y la social. La formación para una vida dedicada a Dios, tanto en el sacerdocio como en la vida consagrada, debe tocar todas estas esferas. Si tan solo una de ellas se descuida, es difícil hablar de un desarrollo integral. Desde la perspectiva del desarrollo integral, en la esfera psicológica podemos distinguir la formación intelectual, el desarrollo emotivo, las áreas de las necesidades y motivaciones, así como las competencias psicosociales ligadas al conocimiento de sí mismo, la autoestima y la integridad. En este contexto, una mayor conciencia de sí mismo se traducirá en un correcto funcionamiento en las relaciones, en una vida espiritual más profundas y, finalmente, en el contacto con el propio cuerpo. La formación para una vida dedicada a Dios se fundamenta básicamente en el fortalecimiento de la identidad de la persona en formación. Trabajar en la integridad se traduce estrictamente en trabajar en la identidad. En los seminarios, los estudiantes desarrollan una identidad sacerdotal en todos los aspectos de nuestra humanidad. Esta identidad está enraizada en una experiencia coherente e integrada del ser en estas cuatro esferas. Este sentido de identidad se expresa más a menudo en las respuestas a las preguntas: "¿Quién soy yo?", "¿Cómo soy?", "¿En qué quiero convertirme?", "¿Cuál es mi misión?". En definitiva, esto debería conducir a una actitud de búsqueda y realización de la voluntad de Dios en

la vida. El punto es buscar la voluntad de Dios tanto en el ejercicio de la autoridad como en una obediencia correctamente entendida. Esto, a su vez, requiere una enorme integridad. Como sabemos por experiencia, la voluntad de Dios puede parecer difícil y exigente.
A veces no comprendemos la situación que estamos viviendo. Esto está estrictamente ligado a la cuestión de la identidad. Estamos llamados a ser personas que sirven a Dios y al prójimo, realizando la voluntad de Dios. Frecuentemente, esto no corresponderá con nuestras necesidades y no seremos capaces de afrontar una situación difícil. En consecuencia, Podríamos no ser capaces de llevar a término la misión específica para la que fuimos enviados y, lo que es aún más grave, esta situación puede generar muchos problemas. Los desafíos de la formación integral incluyen los siguientes ámbitos: formación para la responsabilidad y la obediencia madura a la Iglesia; formación en el aspecto emotivo y motivacional; crecimiento en las relaciones; y formación para la elección y la experiencia madura del celibato.

4. La persona en formación es la principal responsable del proceso formativo: no el obispo, el párroco o el formador, sino la persona misma. Por lo tanto, cabe preguntarse cuánto espacio concedemos a quienes se están formando para tomar decisiones y asumir la responsabilidad de su propio desarrollo. Como suele ocurrir en las congregaciones religiosas, a veces defino esto como un "terrario". En condiciones de "invernadero", todo sucede como en la vida real, solo que en una versión idealizada. Solo que más tarde se vuelven libres y se confrontan con la realidad. Sin embargo, un espacio en el que todos puedan afrontar tales desafíos es aún más necesario. Experimentar la responsabilidad del propio desarrollo, de uno mismo y de la manera en que se vivirá la vida en el futuro permite un encuentro auténtico con alguien en quien se puede confiar como compañero de camino. Estos son aspectos fundamentales, pero desafortunadamente no son fáciles. No es fácil abrirse, y es igualmente difícil crear una relación formativa en la que una persona pueda realmente abrirse. A pesar de esto, una conversación formativa es una herramienta fundamental para el crecimiento personal. No tenemos grandes dificultades para definir la dimensión intelectual; existen planes de estudio, lecciones y seminarios ya listos. La situación es mucho más compleja en la esfera humana. En este ámbito, la inmadurez se manifiesta en dos actitudes extremas: un comportamiento que recuerda al de adolescentes rebeldes o, por el contrario, una sumisión excesiva, que usualmente lleva a desahogarse en otros ámbitos. El punto, sin embargo, es una actitud de responsabilidad que permita a la persona tomar decisiones y asumirlas, incluida la aceptación de órdenes por parte de las diferentes autoridades. Como se mencionó anteriormente, se trata de un proceso que dura toda la vida.

5. El siguiente punto se refiere a la formación de las emociones y de las motivaciones. Las emociones profundas y puras son una poderosa fuerza motivadora que infunde fuerza y voluntad. Hasta hace algún tiempo, en la formación se daba mayor importancia a la razón, mientras que las emociones se veían con sospecha. Sin embargo, moldear las emociones y las motivaciones es una de las direcciones más importantes. Junto a esta dimensión, los valores también constituyen una fuerza motivadora significativa. En esencia, el dilema principal y la división evolutiva están ligados a la tensión entre emociones y valores. Como dice San Pablo, «el hombre se encuentra en un dilema entre dos opciones» [el ser humano está entre dos realidades], «el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». Estas divisiones entre el ideal y la condición actual, entre los altos valores de la vida sacerdotal y la miserable condición humana, son una experiencia crucial para los jóvenes en formación. Hablo de esto como una crisis evolutiva fundamental en la formación, una crisis que debería afectar a cada persona en formación incluso antes de la profesión de los votos perpétuos o

de la ordenación. Las cosas no van como se espera o como se podría predecir. Este es un momento crucial para acompañar a la persona en formación tal como es, con sus faltas y con lo que percibe como pobreza a su alrededor y dentro de sí misma. La emociones y las motivaciones juegan un papel fundamental. Si la persona en formación las oculta, podría adaptarse a la situación de una manera no evangélica, pero también puede elegir de otra forma: arriesgarse y emprender el camino del Evangelio. Independientemente de los entornos en los que nos encontremos más adelante, es importante comprender y aceptar esto desde el principio. Confrontar las emociones con el mundo de los valores es, a mi parecer, un aspecto clave de todo proceso formativo.

6. Otro aspecto se refiere a las relaciones, tanto las fraternas entre seminaristas como aquellas con los superiores. El desarrollo de las competencias psicosociales es una parte extremadamente importante del proceso formativo. Es fundamental que los sacerdotes posean elevadas competencias psicosociales, por ejemplo, en el confesionario, en la oficina parroquial, en las situaciones de apoyo, pero también en los conflictos. Esto ayuda enormemente a construir relaciones y vínculos duraderos que vayan más allá de la formalidad. Es absolutamente esencial. Para crecer en este ámbito, es necesario un grupo, y por lo tanto los seminaristas deben crecer en un grupo apropiado, que funcione como el entorno formativo primario.

7. El celibato es un aspecto extremadamente importante en la formación de la identidad de un sacerdote católico romano. La formación para el celibato es un camino de crecimiento hacia el hecho de ser un don en esa forma de existencia contraria a la naturaleza que es la condición del celibato. En ciertas etapas de la vida, esto siempre implicará dolor y pérdidas. En la vida de cada persona llega un momento de auténtico malestar. Educar a los seminaristas para una vida de celibato conduce también a la disposición de morir en este sentido. Este es un tema exigente porque va más allá de la esfera de la experiencia de la sexualidad. Se trata verdaderamente de conocerse a uno mismo y de responder a las preguntas: "¿A quién sirvo?", "¿Hacia qué dirijo mi compromiso?", "¿Por quién me esfuerzo tanto?", "¿Cuál puede ser la recompensa en mi vida?". Si no se trabaja a fondo en el sentido de la identidad sacerdotal, entonces, cuando surgen las dificultades de la vida cotidiana, una persona completamente desconectada de sí misma, confrontada con diferentes carencias, experimenta un vacío que busca llenar. El sentimiento de soledad y rechazo, de humillación e incomprensión es difícil de soportar. Por lo tanto, cada uno reacciona de la manera que considera más oportuna. Los primeros ámbitos en los que esto se manifiesta son el alcohol, los gastos excesivos o, más precisamente, la esfera sexual. Creo que los seminaristas deben ser educados desde el principio para afrontar esta carencia y este vacío en la vida.

8. Ser conscientes de estos procesos permite también aprender el enfoque y la respuesta correctos, razón por la cual los recursos formativos y los factores que pueden ser útiles desde un punto de vista práctico adquieren importancia. En primer lugar, se trata de talleres y sesiones de formación. La participación en talleres o sesiones de formación que involucren no solo a seminaristas sino también a laicos parece digna de consideración. Otra cosa que he comenzado a practicar en nuestro mundo consagrado es la formación interpersonal. Participamos en una experiencia intensiva de cinco días en la que damos particular importancia a las relaciones interpersonales. Otro aspecto a considerar son los cursos (y lo digo basándome en mi experiencia con los sacerdotes) para los seminaristas, combinados con elementos de un enfoque de supervivencia bien definido. Muchos muchachos no tienen una buena experiencia de la paternidad, no han vivido una verdadera

iniciación masculina y no tienen la capacidad de defenderse, y de defender a los demás. A menudo, formamos futuros sacerdotes tan amables e "hipócritas". Hoy en día, la supervisión de los formadores es cada vez más valorada, un trabajo que permite la introspección. Es sabido que el instrumento principal para una persona en formación es la noble persona del formador. Nos formamos principalmente a través de nosotros mismos. Por lo tanto, se debería prestar aún más atención a la preparación de personas de nuestra comunidad para emprender este camino. De hecho, hoy en día no faltan personas de este tipo, incluidos los sacerdotes.

9. El Padre Piotr Rostworowski, al ser preguntado sobre cuál debería ser el fruto de la formación en el seminario, respondió: "El fruto más importante de la formación en el seminario es el desarrollo de un sacerdote integrado". Creo que en los seminarios más pequeños nos enfrentamos a un trabajo no solo de integración del candidato individual, sino también de integración de la comunidad. Esta persona debe ser capaz de construir la comunión en la parroquia de mantener las relaciones entre las personas. En un seminario más pequeño, no basta con adherir a un seminarista. Debemos examinar si podemos "adherir a la comunidad" junto con él. Después de todo, este será su cometido en el futuro. Deben unir a las comunidades, no dividirlas. Cerca de Częstochowa se encuentra um centro de atención para drogadictos llamado "Betania". En una ocasión, el obispo Przybylski invitó a los seminaristas a un encuentro. Dijo que tenía miedo de esa reunión. Cuando los seminaristas le preguntaron cómo construían la comunidad, uno de los drogadictos presentes respondió que se reunían a menudo dentro de una llamada "comunidad dolorosamente real". Cuando el seminarista preguntó más a fondo en qué consistía esta comunidad, le respondieron que era difícil describirlo en términos teóricos, que era mejor hacerlo de manera práctica. Luego le preguntó al seminarista si había alguien entre los seminaristas que no le agradara. Al escuchar que sí, añadió: "¿Alguna vez se lo has dicho?". "No, no es oportuno, porque lo lastimaría", respondió el seminarista. "Sí, pero no te agrada, y nadie le va a decir por qué. Así que dícelo ahora", continuó el participante de la terapia. "No lo haré", replicó el seminarista. "No le agrada a nadie, así que dímelo, sé el primero", insistió el invitado. Resultó que uno de los seminaristas tenía problemas de higiene, rara vez se lavaba y todos lo evitaban. Los superiores hablaron de esto con el seminarista, pero él lo consideró una mentira.

10. La conciencia de la importancia de construir una buena comunidad es un hecho increíble. ¿Tiene que ser necesariamente un bloque monolítico? Donde solo hay una docena de seminaristas, ¿pueden existir únicamente divisiones institucionales (grupos de año y grupos de trabajo, movimientos y asociaciones)? Sí, todo esto permite a los seminaristas crecer. Sin embargo, a menudo tengo problemas con los sacerdotes jóvenes, con su sensibilidad espiritual y pastoral y, al mismo tiempo, con su excesivo exclusivismo. Aferrándose a una forma, no logran aceptar otra. Uno de los catequistas del Neocatecumenado dijo que, si no fuera por los sacerdotes mayores, las comunidades habrían dejado de desarrollarse por completo. "¿A qué te refieres con 'sacerdotes mayores'? ¿A que usualmente no entienden el Neocatecumenado?", pregunté. "Es verdad, pero tienen una espiritualidad tal que, cuando hay necesidad de un sacerdote, van". Resulta que es exactamente así: los mayores van, y los más jóvenes dicen: "No lo acepto porque tengo una sensibilidad diferente". ¿No debería ser entonces un desafío para el seminario hacer que el seminarista salga de su exclusiva sensibilidad espiritual? Es bueno que la posean, es positivo que crezcan en ella, ¿pero qué pasa si se cierran en sí mismos? Debemos aprender a ser todo para todos, en aquello que la Iglesia aprueba.

11. Otro desafío y otra tarea para los seminarios es la preparación y el compromiso pastoral. Se nota que los seminarios más pequeños ofrecen menos oportunidades para transmitir las diversas formas de pastoral dentro de la comunidad seminarística (más tareas, más actividades en la diócesis y en el orden, y menos seminaristas).

12. La actitud de los educadores en los seminarios más pequeños representa ciertamente un gran desafío. Hoy en día, construir la autoridad, especialmente entre los jóvenes, ya no es una cuestión formal. La obsesión por los títulos está desapareciendo; el sistema de castigos y recompensas todavía funciona, pero termina en el miedo, con los temas difíciles escondidos debajo de la alfombra. Se está produciendo una transición de la "magnificencia" al hermano mayor, del prefecto al compañero, del moralizar al ser "uno mismo". Por supuesto, no se trata solo de nombres. Vislumbro una posible revolución copernicana para los educadores de los seminarios. En el pasado, había un liderazgo más moralista y organizativo. Parecía que una gran conferencia o un excelente animador de retiros espirituales eran de gran ayuda. Mientras tanto, entre los seminaristas, seguía siendo una cuestión de "control remoto", de transición de una realidad planificada a otra. Un seminarista a menudo se integra bien en el camino formativo, asumiendo su rol, pero al final debe irse, a veces a un ambiente muy hostil. A veces, un seminarista se comporta como un niño todavía ligado por el cordón umbilical. Los primeros cinco años de confrontación con el mundo terminan en el abandono, la pérdida completa de los ideales o alguna forma de alienación. Por lo general, en las conversaciones con los sacerdotes en este contexto, las quejas de los párrocos contra los vicarios, y de los vicarios contra los párrocos, se vuelven en su contra. Los sacerdotes jóvenes están agotados, sin saber siquiera por qué. De ahí la invitación al seminario a prepararse para la autoformación (la capacidad de trabajar en uno mismo), para la autoeducación (ningún estudio enseña todo de una vez por todas; el seminario debería enseñar a aprender) y para la atención independiente a la formación espiritual (educación en la libertad espiritual —la propia y la de los demás—, el rol del director espiritual y del confesor en el seminario), hacia un automejoramiento pastoral ("esto no me lo enseñaron en el seminario"; "¿qué te enseñaron en ese seminario?"), para impartir no tanto un taller pastoral ya preparado, sino una pasión por la evangelización.

13. Me gustaría concluir mi presentación con una referencia al Beato Cardenal Stefan Wyszyński, quien escribió sus notas en Komańcza, donde llegó el 29 de octubre de 1955 y permaneció durante un año. Fue aquí, el 16 de mayo de 1956, donde escribió el texto de los célebres Votos de la Nación Polaca de Jasna Góra. Se trata de una excelente lectura espiritual. Se pueden leer las palabras: "Soli Deo. Repito: ¡nada para mí! En el depósito de chatarra de mi vida encontré algo divino. Fue Dios mismo quien perdió esa perla demasiado valiosa. Y aunque yazca en el barro, vale la pena poseer ese barro, para que con él uno pueda convertirse en dueño de la perla. ¡Cuántas perlas yacen en el barro! Qué valioso es el barro precisamente porque en él se ha descubierto una sola perla. ¡Yo solo soy barro! Pero en este barro, Dios perdió la perla del amor". De él decían: «Con una salud así, harías mejor en ir al cementerio que a ordenarte». Decían: «Wyszyński es ordenado para una sola Misa, porque no vivirá mucho más». Fue ordenado después que sus compañeros de curso. Mientras ellos yacían ante el altar el 29 junio de 1924, recibiendo la ordenación sacerdotal, Wyszyński yacía solo en la sala de aislamiento del hospital. «Desde ese momento en adelante, sentí que no dependía de mis propias fuerzas, sino del poder de Dios. Por lo tanto, no puedo atribuirme nada, no puedo hablar demasiado de mi sacerdocio, de lo que sucedió en mi vida, porque solo estaba sometido a Dios», escribió más tarde. «El poder se manifiesta en la debilidad». Una lección y un estímulo de

la vida del Beato Cardenal para reconocer en cada candidato la perla de gran valor y comprometerse a que el candidato pueda experimentar la plenitud de su don y ser capaz de entregarse por completo a la disposición de Dios.

¿Preguntas para la discusión en grupo?

1. ¿Directivismo y autoeducación en la formación actual?
2. ¿La formación de los formadores hoy?
3. ¿La formación de la identidad del sacerdote: cómo nos ven? ¿Qué esperan de nosotros? ¿Las exigencias del mundo moderno? ¿Para qué preparamos a los estudiantes hoy?
4. ¿La relación entre el formador y el discente (alumno)? ¿A qué debería conducir?